

MONITOR DEL COMERCIO

PERIODICO SEMANAL DE ANUNCIOS Y NOTICIAS MERCANTILES Y LITERARIAS.

Lo publica el Establecimiento de D. Francisco de P. Mellado.—Calle de Sta. Teresa, núm. 8.—Madrid.

PRECIO DE SUSCRICION: 8 rs. por trimestre en Madrid y 10 en provincia.—PRECIO DE LOS ANUNCIOS: 50 céntimos por línea de cuarenta letras.
—SE SUSCRIBE y se reciben los anuncios, en Madrid en el despacho del Establecimiento y en las librerías de Durán, Bayli-Bailliere, Cuesta, Moya y Plaza, Sanchez, Viana, Villaverde, Lopez, Gujardo, Hernando, de la Publicidad y Americana. En provincia por conducto de los corresponsales ó enviando el importe en letra ó sellos de franqueo.

HISTORIA DE UN INGLÉS

QUE TOMÓ UNA PALABRA POR OTRA (1).

(Conclusion.)

Al día siguiente fueron á buscar por los talleres, con el fondista, quien les vendiese una barca. No hallaron ninguna que les conviniese, encargaron una nueva: con las instrucciones que el inglés dió para su construccion, y por algunas palabras que se le escaparon, adivinó el constructor el objeto con que se le encargaba el barco. Sir Arturo Mortimer, que así se llamaba el mas joven, no teniendo ningun motivo para ocultar su proyecto, le contó la apuesta. Peter hizo cuanto pudo para disuadirle, pero sir Arturo se impacientó y se levantó para ir á otro taller á hacer el encargo. Entonces Peter vió que era una resolucion invariable, que no pudiendo cambiarla nadie, tanto valia que se aprovechase él de ella como otro; tomó el dibujo que le habia hecho sir Arturo, y prometió la barca para el domingo siguiente.

El mismo día se difundió la voz por los alrededores de que un inglés habia apostado saltar la cascada del Rhin; nadie podia creerlo, tan loca parecia la resolucion. Todo el mundo iba á preguntar la verdad á Peter, que contestaba enseñando su barca, que comenzaba ya á tomar forma. El inglés acudia á ver todos los días si adelantaba, hacia tranquilamente sus observaciones, las cosas marchaban lo mejor del mundo.

En esto llegó á Schaffausen sir Williams Blundel que vino á parar en mi casa. Parecia triste y abatido, le pedí sus órdenes; tartamudeó algunas palabras que no entendí: no importa, le hice llevar al mejor cuarto de la fonda que es este mismo, y se le sirvió una comida, como no la hubiera visto jamás, os lo aseguro, en el Halcon de Oro. Cuando su ayuda de cámara bajó le pregunté si su señor estaria mucho tiempo en Schaffausen; supe que marcharia al día siguiente por la mañana. Inmediatamente me ocurrió una idea para dete-

ner á sir Williams hasta el domingo siguiente: me parecia cosa fácil con decirle lo que se iba á verificar aquel día.

En consecuencia, cuando creí que estaria á los postres subí á su cuarto y entré discretamente y sin ruido. Tenia en la mano, sobre la cual apoyaba su frente, un pedazo de velo verde, y parecia abismado en tal tristeza que no reparó en mí. Le hice tres reverencias sin poderle sacar de su meditacion: en fin, viendo que necesitaba añadir la voz á la pantomima, le pregunté si estaba contento de la comida.

Mi voz le hizo estremecer, levantó la cabeza, me

—Sí, esa es mi intencion.

—¿No sabe milord, tal vez lo que aquí pasa?

—No, no lo sé.

—Si milord lo supiese se quedaria sin duda alguna.

—¿Pues qué pasa?

—Una apuesta, milord: un compatriota de vuestra gracia ha apostado que saltará la cascada del Rhin en una barca.

—¿Y qué hay de admirable en eso?

—¿Qué hay de admirable? Que hay mas de ciento noventa y nueve probabilidades de que ha de perecer.

—¿Estais seguro? me preguntó sir Williams, mirándome de hito en hito.

—Segurísimo, milord.

—¿Cómo se llama mi compatriota?

—Sir Arturo Mortimer.

—¿En dónde para?

—En la fonda del Halcon de Oro.

—Hacedme acompañar hasta allí, quiero hablarle.

Tuve un momento de terror, pensé que sir Williams, descontento con la comida que no habia tocado queria cambiar de fonda, y ya concebís que no era por la pérdida, sino por la humillacion; en consecuencia mandé al mas inteligente de los criados, aquel que os ha dado todos los detalles sobre la estatua á que le falta la mano: ¿no os acordais? ...

—Sí, sí.

—¿Cómo hablaba inglés le mandé pues acompañase á sir Williams á la fonda del Halcon de Oro y que se hiciese todo ojos y oídos. No tuve necesidad de recomendárselo dos veces; no solo acompañó á sir Williams hasta el cuarto de sir Arturo, sino que aun se puso á escuchar á la puerta.

Sir Arturo se disponia á comer, y por lo que mi criado pudo sacar del ruido de los tenedores, lo hacia con mas apetito que sir Williams. Recibió á su compatriota con gran politica, se levantó, le ofreció asiento y lo convidó á comer. Sir Williams aceptó el asiento pero no la comida.

Supe con placer esta última circunstancia, pues me probó que el inglés no habia dejado de comer en mi casa por desprecio.

—Mirad, dijo sir Williams, despues de un instante de silencio, perdonad mi indiscrecion, pero por mi fondista de la Corona, acabo de saber que teneis hecha una apuesta.

—Verdad es, señor, respondió sir Arturo.



Cascada del Rhin.

vió en pie delante de él, é inmediatamente ocultando el pedazo de velo en su bolsillo.

—Sí, muy contento, muy contento, me dijo.

En aquel momento reparé que no habia probado nada de la comida: comprendí que tenia el esplin. Fué mas vivo mi deseo de distraerlo.

—El ayuda de cámara de milord ha dicho que su gracia marchaba mañana.

(1) IMPRESIONES DE VIAJE, por A. Dumas.—Suiza.

Al decir esto se saludaron los dos ingleses; pues mi criado que es muy entendido, aunque parece que lo dudais, miraba lo que hacian por el ojo de la llave, de modo que nada se le escapó. Digo, pues, que los dos se saludaron.

—Está bien, repliqué yo; pero supongo que la conversacion no terminaria así, segun presumo.

—¡Quia! ya vereis.

—Esta apuesta, continuó sir Williams, consiste, segun me han dicho, en saltar la cascada del Rhin en una barca.

—Estais perfectamente enterado, caballero; volviéronse á saludar de nuevo los dos ingleses.

—Y bien! milord, dijo sir Williams, vengo á pedir os ser vuestro compañero de viaje.

—¿Como interesado en la apuesta?

—No, señor, no, como aficionado.

—Entonces es únicamente por gusto?

—Por gusto, contestó sir Williams.

Dicho esto se saludaron los dos ingleses por tercera vez.

—Os advertiré que el barco no ha sido encargado mas que para una persona.

—Yo os pido permiso, milord, para pasar por casa de Peter y darle nuevas órdenes, bien entendido que partiremos los gastos.

—Perfectamente, caballero; si quereis aguardar á que acabe de comer iremos juntos.

Sir Williams hizo una señal de que estaba á la disposicion de su compatriota, y Franz, tranquilo ya sobre ciertos temores que yo le habia hecho concebir, inmediatamente volvió á contarme lo que pasaba.

Desde entonces, continuó mi huésped, sir Williams pareció mas tranquilo, y comia y bebia como vos y como yo: todos los dias iba á hacer su vista á la barca, que adelantaba visiblemente, hasta que estuvo concluida el sábado por la mañana y espuesta al público á la puerta del taller de Peter, de suerte que nadie dudó de que se verificaria el salto el domingo.

Por la tarde despues de comer pidió sir Williams papel, tinta y plumas y pasó la noche escribiendo: á la mañana siguiente temprano, que era el dia de la apuesta, me hizo llamar y me entregó dos cartas, una para vos, que es la que os he dado, y otra para miss Jenny Burdett, y esta, segun sus instrucciones, debia enviarse á Inglaterra: arregló luego la cuenta de los gastos, que me pagó doble; dejó cien francos de propina á los criados, y se levantó para ir á ver á sir Arturo. En aquel momento entraron llorando su lacayo y su ayuda de cámara: venian para hacer la última tentativa para disuadir á su amo, pues segun se les habia dicho debia morir infaliblemente; pero sir Williams permaneció inalterable; en vano le suplicaron arrojándose á sus pies, abrazando sus rodillas. Sir Williams los hizo levantar, les puso en las manos un contrato de cien luises de renta á cada uno, y abrazándoles cual si fuesen sus hermanos, salió sin querer escuchar mas sus observaciones.

Los otros dos ingleses, le esperaban ya en el Halcon de Oro, donde estaba dispuesto un almuerzo. Sentáronse los tres *gentlemen* á la mesa, y sir Williams comió y bebió con buen apetito, pero sin afectacion. El almuerzo duró dos horas: á los postres el compañero de sir Arturo llenó una copa de vino de Champaña, y levantando la mano:

—A la pérdida de mi apuesta, dijo, y á que pueda contar esta misma tarde y sobre esta misma mesa, las veinte y cinco mil libras, que espero tener la dicha de perder.

Los dos convidados respondieron á este brindis y levantándose de la mesa se fueron al balcon.

La plaza estaba atestada de curiosos. Habian acudido de Constanza, de Appenzell, de Saint-Gall, de Aarau, de Zurich y del gran ducado de Baden. Apenas aparecieron en el balcon cuando todo el mundo les recibió con aclamaciones; saludaron, despues sir Williams mirando el reloj, dijo á su compañero:

—Milord, va á dar la hora; no hagamos esperar á los espectadores.

Sir Arturo pidió tiempo para encender un cigarro, y hecho esto, bajaron los tres ingleses.

La barca se hallaba amarrada á unos cien pasos de Schaffhausen sobre la orilla izquierda del Rhin: cerca de la barca, el lacayo del segundo inglés tenia dos caballos de las riendas: el uno era para su amo que debia seguir la barca y el otro para el que debia acompañar á su amo. Sir Williams y sir Arturo se entraron en la barca: lord Murdey, que este era el nombre del tercer inglés, montó á caballo: á una señal convenida, Peter cortó la cuerda que sujetaba la barca. Alzóse un grito en ambas orillas cubiertas de espectadores, empero apenas se hubieron asegurado estos de que la apuesta se iba á verificar, echaron á correr á la caída del Rhin en vez de seguir el curso de la barca, para no perder nada del desenlace de aquel drama, cuya esposicion acababan de ver.

Sir Williams y su compañero se habian abandonado

do á la corriente del rio, sin valerse de los remos ni para adelantar ni para detenerse. Durante diez minutos casi su marcha fué tan lenta que sir Murdey los seguia con el caballo al paso; entonces se comenzaron á oír los rugidos de la catarata. Sir Arturo apoyó una mano sobre la espalda de Williams, y alargando la otra al lado donde se oia el ruido, le hizo señal sonriendo de que escuchase. Entonces un barquero que estaba sobre la orilla del rio, les dijo que si querian retroceder todavia era tiempo aun, pues él se echaria á nadar para llegar á su barca y conducirlos á la orilla. Sir Arturo se metió la mano en la faltriquera, sacó un bolsillo y se lo tiró con toda su fuerza al barquero, á cuyos pies cayó. El barquero lo levantó del suelo meneando la cabeza. La barca comenzaba á sentir entonces un movimiento mas rápido; pero tan imperceptiblemente que apenas se habria notado si lord Murdey no hubiese tenido que hacer trotar á su caballo para seguirla.

Cuanto mas se aproximaban, mas formidable era el ruido de la caída del agua: media hora antes de llegar al sitio desde donde se precipita, se distingue bajo de aquel abismo una nube de polvo de agua que rechazada por las rocas, vuelve á subir al cielo como el humo. A esta vista sacó sir Williams de su pecho el pedazo de velo verde que yo le habia visto entre las manos, y lo besó: probablemente era algun recuerdo de su patria, de su madre, de su querida.

—Si, si, interrumpí yo, sé lo que es: continuad.

—La barca comenzaba á resentirse tambien de la aproximacion á la catarata porque lord Murdey tuvo que correr á galope para seguirla. Sir Arturo se habia sentado y comenzaba á asegurarse en las banquetas de la barca: sir Williams se quedó en pie con los brazos cruzados y los ojos clavados en el cielo: una ráfaga de viento le arrebató el sombrero que cayó en el rio.

La embarcacion corria entretanto con creciente rapidez, de modo, que para seguirla lord Murdey se veia obligado á galopar. En cuanto á las gentes de á pie, los que se habian dejado alcanzar de ella, quedaron atrás. Algunas rocas comenzaban ya á sacar fuera del agua su cabeza negra y reluciente, y los atrevidos navegantes pasaban por medio disparados como una flecha. De vez en cuando inclinaba sir Arturo la cabeza fuera de la barca por ver la profundidad del agua, porque habia trechos sin rocas en que por su misma rapidez el agua clara como una sábana dejaba ver el fondo de su lecho. Sir Williams no apartaba sus ojos del cielo.

A trescientos pasos del precipicio, el curso de la barca adquirió tal rapidez que se creyó que tenia alas: por veloz que fuese el caballo de sir Murdey y aunque lo puso á escape lo dejó atrás como hubiera hecho un pájaro. El ruido de la catarata era tanto que cubria los gritos de todos los espectadores; y os digo que eran muy terribles porque era espantoso ver aquellos dos hombres arrastrados al abismo, no tratando de librarse y sin poderlo hacer aunque lo hubiesen intentado. En fin, durante los últimos treinta pasos, hombres y barco no fueron mas que una vision: de repente les faltó el Rhin, la barca precipitada en medio de la espuma botó sobre una roca, uno de los dos pasajeros fué lanzado á la sima, el otro permaneció aferrado al barquillo y fué arrebatado como si fuese una hoja: antes de llegar al fondo de la catarata se les vió otra vez aparecer y dar vueltas un momento y sumergirse.

Casi en el mismo instante salieron á la superficie del agua tablas hechas pedazos, y tomando la corriente fueron arrastradas hacia Kaiserstul. De los cuerpos de sir Williams y de sir Arturo no se ha vuelto á oír hablar mas y lord Murdey pagará las veinte y cinco mil libras esterlinas á los herederos de su compañero.

Ahi teneis palabra por palabra la cosa tal cual pasó, y no hace mucho tiempo, pues fué el domingo anterior.

Habia escuchado esta relacion sin respirar de interés, y su desentance me dejó anonadado. No me equivocaba yo cuando al separarme tan bruscamente de sir Williams en Zurich pensé que alimentaba algun mal designio; pero jamás hubiera creído que fuese su ejecucion tan cercana y tan trágica. Arrepentíme de mi viaje á los Grisones y caza de gamuzas que me habia separado de mi camino. Si hubiese seguido mi primer itinerario, hubiera llegado á Schaffhausen dos ó tres dias despues de sir Williams, y no dudo que le habria quitado de la cabeza la horrible empresa que le llevó á la muerte. Por lo demás debíase ver bien á las claras que queria deber la muerte á un azar y no al suicidio: intencion que si yo no hubiese previsto, me la hubiera demostrado la carta que escribió para mí, sencilla y triste como el hombre extraordinario que la habia escrito.

«Mi querido compañero de viaje:

«Aunque muchas veces me ha pesado el haberme separado de vos sin una despedida mas amistosa, nunca tanto como ahora en que esta despedida se cambia en adios. Os he abierto mi alma: habeis leído en

ella como en un libro: he puesto á vuestra vista todas mis debilidades, todas mis esperanzas, todos mis tormentos. Dios y vos únicamente sabeis que para mí no habia ya felicidad en la tierra mas que en el amor y la posesion de Jenny; así cuando habeis leído que pertenecia á otro y que era perdida para mí toda esperanza, ó me conociais mal, ó debisteis adivinar en seguida que no sobreviviria á mi desgracia. En efecto, á pesar de estar errante y fugitivo, me quedaba siempre en el fondo del corazon, aquella esperanza vaga y sorda que sostiene al reo hasta el pie del caldoso. Esta esperanza iluminaba horizontes fantásticos y desconocidos como los que se descubren en un sueño; pero parecíame siempre que caminando en la vida concluiria por llegar á ellos; de repente el casamiento de Jenny ha estendido un velo funebre entre el porvenir y yo. Mi sol se extingue, no sé ya á donde voy, en derredor mio todo son tinieblas y desesperacion. Bien veis, mi querido poeta, que es preciso que yo muera, porque, ¿qué haria yo de una vida tan solitaria y tan descolorida?

«Pero creedme bien: esta resolucion de morir, no es en mí el resultado de un parosismo doloroso y agudo: no siento odio ni contra los hombres ni contra las cosas, y lejos de maldecir al Señor por haberme hecho tan incompleto para la vida, le doy gracias de haberme abierto en medio de mi camino una puerta que conduce al cielo. Feliz no la habria visto y hubiera continuado mi camino; desgraciado, me abre la única senda que me promete el descanso; preciso es que busque la sombra pues que mis miradas no tienen fuerza para fijarse en el sol.

«Adios. Cerrada esta carta, escribo á Jenny: sea para ella mi último pensamiento: sabrá que bajo de esta correa ridícula, de que tanto se ha reído sin duda, habia un corazon bueno y decidido capaz de morir por ella. Tal vez hubiera sido mas generoso y mas cristiano no contristar su felicidad con esta noticia, por indiferente que le sea sin duda; pero no tengo valor de separarme de ella para siempre dejándola en su ignorancia y llevándome conmigo mi secreto.

«Adios otra vez todavia: si alguna vez vais á Inglaterra, haceos presentar en su casa, decidle que me habeis conocido; decidle que sin saberlo ella la habia jurado morir el dia que perdiese la esperanza de poseerla, y que el dia que he perdido esta esperanza he cumplido mi palabra.

«Adios! pensad en mí alguna vez, y no os riáis al acordaros de mí.»

«Inútil recomendacion! Dos gruesas lágrimas corrieron de mis ojos y cayeron en la carta.

«Quién hubiera osado reir ante una organizacion humana tan débil para la vida y tan fuerte para la muerte? En aquella existencia solitaria é incomprendida, habia para mí algo de tierno é interesante, un largo martirio moral que tenia una aureola mas religiosa, mas santa que todos los dolores físicos, y una humildad que al doblegarse se hacia mas grande que el orgullo.

Resolví consagrar el resto del dia entero á la memoria de sir Williams, arreglé mis cuentas con el fondista, encargué á Francesco que me llevase la maleta al castillo de Lauffen: tomé mi palo de viage y salí de Schaffhausen solo con mis pensamientos, siguiendo lentamente la orilla del Rhin, hoy tan solitaria y silenciosa como poblada y bulliciosa algunos dias antes para mirar á dos hombres que iban á morir.

Llegué á muy poco al punto en que habia estado amarrada la barca, reconocí la estaca y la punta de la cuerda flotando en el agua: arranqué de una viña contigua un sarmiento con pámpanos, lo eché en el rio para ver su curso. Así como me lo habia dicho el fondista era poco rápido en aquel parage donde nada hacia presagiar la proximidad de la catarata. Continué mi camino.

Al cabo de otro cuarto de hora de camino comencé á oír un ruido sordo de continuo. Si no hubiese tenido noticia de la existencia de una gran cascada de agua á tres cuartos de legua del punto en que me hallaba hubiera creído que habia una tempestad en lontananza. Continué adelantando, y á medida que adelantaba, el ruido se iba haciendo mas fuerte. Aquel ruido que en cualquiera otra circunstancia no me hubiera inspirado mas que curiosidad, despertaba en mí ahora un verdadero terror. En aquel momento una ráfaga de aire arrebató de un árbol que habia en la orilla del camino, algunas hojas amarillentas y secas por el otoño: fueron á caer en el rio, cuya corriente las arrebató tan rápida y tan indiferentemente como habia arrebatado aquellos dos hombres.

Bien pronto descubrí la nube y húmedo vapor producido por la violencia de la cascada: la corriente del Rhin era cada vez mas y mas rápida: algunas rocas de extraordinarias y particulares formas asomaban su cabeza fuera del rio cual caimanes durmientes: el agua estrellándose contra ellas en su inmensa caída, preludiaba lo que iba á hacer: de salto en salto se veian hermosas sábanas lisas cual un espejo de una verde esmeralda, dejando ver hasta la arena de

su fondo de una manera tan transparente que hubieran podido contarse los guijarros que se estaba sembrado. Al fin llegué al sitio en donde faltando repentinamente el cauce del río se precipita en una sola masa de veinte pies de espesor, y de una extensión de trescientos, en el fondo de un abismo de setenta.

Si he expresado mal el interés que me había inspirado sir Williams, debe formarse una idea del que experimenté á este aspecto. La caída de aquella inmensa catarata, que en cualquiera otra ocasión no hubiera producido en mí sino un efecto de curiosidad, me causaba entonces un profundo terror: me parecía que el terreno sobre que me hallaba se convertía de pronto en movedizo; me sentía arrastrado por aquella furiosa corriente; me acercaba al salto; oía los rugidos del abismo: sentía su aliento; era absorbido por la catarata; faltaba el río á mis pies, y caía rodando de abismo en abismo sin aliento, sin voz, sofocado, roto, hecho pedazos. Algunas veces se tienen semejantes sueños, y se despierta uno después en el momento en que se cree morir, vuelve en sí, se palpa, y se rie, convencido de que es imposible correr semejantes peligros. Pues bien; ¡aquel fantástico peligro lo habían corrido dos hombres! aquellas terribles angustias las habían sufrido dos hombres! Se habían visto arrastrados, precipitados, devorados; habían rodado de roca en roca sofocados, rotos, hechos mil pedazos, y no se habían despertado en el momento de morir.

Permanecí como encadenado en la parte superior de la cascada, aunque fuese la menos bella; pero no era su belleza la que yo buscaba: por cualquier punto que yo la examinase al través de la magia de aquella perspectiva, siempre se me aparecía el terror del recuerdo.

Bajé por último importunado por un hombre que, no comprendiendo nada de mi inmovilidad, se esforzaba en explicarme en mal francés que había escogido un mal punto de vista, y que era desde abajo desde donde estaba hermosísima la cascada. Le seguí maquinalmente, aturrido por los mugidos de la catarata, y resbalándome sobre los húmedos escalones en donde caía su agua convertida en vapor. En fin, después de haber bajado casi diez minutos nos encontramos con una construcción de tablas que llaman el *Fischetz*; conduce tan cerca de la catarata que levantando la cabeza se la ve precipitarse sobre uno, y alargando los brazos se la toca con la mano.

Desde aquella vacilante galería es verdaderamente terrible el Rhin por su poder y belleza. Allí faltan las comparaciones: no es el estruendo del cañón; no es el furor del león; no son los rugidos del trueno; es una cosa como el caos; son las cataratas del cielo abriéndose al mandato de Dios para lanzar el diluvio universal: es una masa incomprensible, indescriptible, en fin, la que os oprime, os espanta, os anonada, aunque sepáis que no hay peligro de que os alcance.

Sin embargo, sobre esta galería le ocurrió á sir Arturo la idea de bajar la catarata en una barca, y al separarse de ella propuso la apuesta mortal que aceptó lord Murdey: cosa que confieso no la comprendo.

Después de haber visto la caída del Rhin desde el castillo de Lauffen, es decir, desde la parte superior, y en seguida desde Fucheter, esto es, desde la parte inferior, quise verle todavía en medio de todo su curso: á este efecto bajé á lo largo de su orilla como unos cien pasos poco más ó menos; después hallé en una especie de remanso doce lanchas que esperaban pasajeros para transportarlos á la otra parte del Rhin. Salte á una de ellas, Francisco me siguió con mi maleta, y mandé entonces al barquero que me llevara al medio del río. A cien varas de distancia de la cascada está aun tan agitado como la mar en un temporal. Sin embargo, llegados al centro de aquella sábana de agua, hallamos el centro menos agitado. Dependiendo de que la catarata está dividida por una roca, á cuyos lados crecen musgos, yedras y arbutos, y encima de la cual hay una especie de veleta representando á Guillermo Tell, y la roca quebranta el agua que se separa espumosa en su base, pero deja detrás de él una línea reposada, tranquila, desnuda, sobre todo, si se la compara con el hervidero de los dos brazos que la rodean. Entonces pregunté á mi barquero si aprovechando aquel espacio era posible subir hasta el pie de la roca, y me respondió que sin ser peligrosa, la cosa era bastante difícil por el embate de las olas que arrojaban á la barca á un lado ó á otro de la corriente, pero que si le daba cinco francos lo intentaría. Respondí poniéndole en la mano lo que pedía, y se puso á remar hacia la catarata.

Para vencer la fuerza de las olas que nos rechazaban tuvo alguna dificultad, como había previsto el barquero, pero gracias á su habilidad se mantuvo en buen camino. Cuanto más nos acercábamos á la roca, más el río herviendo á nuestra derecha é izquierda estaba mas tranquilo debajo de nuestro barco. En fin, llegamos á sitio bastante quieto donde nos para-

mos. Colocados allí en medio mismo de su curso, todo cubierto de su espuma y de su vapor, la catarata era admirable; el sol próximo á ponerse daba un tinte de color de rosa á la parte superior de la cascada, mientras que un iris inflamaba el vapor que se alzaba del abismo saltando, como he dicho, á mas de doscientos pies de elevación. Permanecí así estasiado cerca de media hora; en fin, el barquero me preguntó en donde quería hacer noche; respondí que pensaba pasarla andando, á cuyo efecto iba á buscar un carruaje en Neuhausen ó en Altenburgo, pues no habiendo cosa notable que ver, trataba de aprovechar la noche y hallarme por la mañana á unas diez leguas de Schaffhausen.

—Si no necesitáis mas que un medio de transporte, me dijo el barquero, y os es igual el dormir en una lancha ó en un carruaje, no es preciso que vayáis á Neuhausen ni á Altenburgo, porque no tengo mas que tomar los remos, y nos marcharemos en seguida mas rápidos que si nos llevasen los dos mejores caballos del ducado de Baden.

Era tan tentadora la proposición, que encontré la cosa muy bien pensada. Nos arreglamos en el precio de diez francos pagaderos en Kärstethul. Apenas se concluyó el ajuste, cuando el barquero cesó de oponerse á la rapidez de la corriente, y cual me había prometido, la barquilla, ligera como una golondrina, se alejó de la cascada con una rapidez que durante algunos minutos nos quitó la respiración.

Durante diez minutos casi, pudimos todavía abarcar todo el conjunto de la cascada, menos grande de lejos que de cerca, en atención á que de cerca la caída misma limita el horizonte, mientras que de lejos no es mas que el adorno principal del cuadro, sus accesos son pobres y mezquinos. El castillo de Lauffen es poco pintoresco; su pesada arquitectura se aplana sobre la cascada. La aldea de Neuhausen es insignificante por no decir mas; en fin, las viñas que rodean aquellas dos fabricas no contribuyen poco á darle un aspecto rústico de los mas anti-poéticos. Se necesitaria para hacer un digno cuadro de aquella magnífica catarata los pinos de Italia, los álamos de Holanda, ó las hermosas encinas de Bretaña.

Al primer recodo que forma el río se pierde toda aquella perspectiva; pero todavía el por largo tiempo el mugido de la cascada, y percibi por encima de los grupos de árboles que adornan las sinuosidades del Rhin el blanco vapor que forma sobre la catarata una eterna nube. En fin, la distancia disminuyó aquel ruido, las tinieblas me ocultaron el vapor, y comencé á pensar en los medios de pasar en mi barca la noche menos mal posible; levantábase del río una humedad penetrante, un viento fresco corría en su superficie, y para preservarnos de aquel doble inconveniente, no tenia mas que una blusa de lienzo crudo y un pantalón de cuti blanco. Traté de remediarlo acostándome en el fondo de la barca; formé con la maleta una almohada: me metí las manos en los bolsillos, y gracias á estas precauciones logré entrar victoriosamente en reacción contra el fresco aliento de la noche; además andábamos bastante bien: veía de ambas orillas huir los árboles, las viñas y las casas; esta vista concluyó por producir en mi imaginación el efecto de un vals demasiado prolongado. La cabeza me daba vueltas; cerré los ojos, y mecido por la corriente del agua, acabé por caer en una especie de somnolencia que no era ni velar, ni tampoco dormir. Por muy adormitado que me hallase me sentía despierto, y un frío general se apoderó de mi cuerpo comprendiendo que tenia necesidad de sacudir aquel entorpecimiento; empero no tenia valor para ello, y me dejé dominar de aquel doloroso letargo. De tiempo en tiempo me sentía arrastrado mas rápidamente, oía un ruido mas fuerte, mas espantoso; levantaba mi pesada cabeza, me veía disparado como una flecha bajo un arco del puente contra el que el río lleno de espuma venía á estrellarse. Sentí entonces un vago instinto de peligro; tembló todo mi cuerpo; empero, sin embargo, no era bastante para despertarme el terror. Continuaba mi pesadilla, y conocía que de minuto en minuto se entorpecían mas y mas mis miembros, y que la especie de sueño mismo que agitaba mi cerebro se hallaba próximo á borrarse y extinguirse. En fin, entré en un completo sopor, gracias al cual, si hubiese caído al agua, seguramente me hubiera ahogado sin conocerlo y creyendo continuar mi sueño. No sé cuánto tiempo duró este letargo, sentí que hacían cuanto podían por sacarme de él; ayúdó lo mejor que pude los esfuerzos de Francisco y del barquero; gracias á este concurso de buena voluntad de mi parte y de esfuerzos de la suya, pasé felizmente del fondo de la barca á un castillo: después me hallé en una cama buena, caliente, en la que me fui desentumeciendo poco á poco. Pude entonces preguntar en qué parte del mundo me hallaba, y supe con bastante indiferencia que habitaba el *Castillo Rojo*, y que mediante una retribución recibía la hospitalidad del gran duque de Baden.

Lienzos. Desde que la manufactura algodonera ha sufrido un golpe tan contundente con la crisis política por que está atravesando el Norte de América, su competidora, la fabricación de telas de lino ha experimentado un ascendiente muy grande. De datos estadísticos consignados en la *Correspondencia de Londres*, despréndese que el valor de la exportación de este último artículo, ha sobrepujado en los primeros once meses del año próximo pasado, hasta 1.000.000 de libras esterlinas respecto al propio periodo del año de 1861. El valor total de la misma subió á la respetable cifra de 4.585.170 libras, viniendo á corresponder solo para los Estados Unidos 1.500.000, ó sean 884.881 libras mas que en 1861. El creciente de esta exportación concierne después preferentemente á las ciudades anseáticas é isla de Cuba; en cambio ha resultado una disminución en lo exportado para España (40.187 libras menos), para el Brasil (29.096 libras), para el Perú (30.737 libras), para Rusia (15.856 libras), para Prusia (6.973 libras), y así algunos otros países, lo que prueba de que allí debe la propia fabricación de telas de lino, haber experimentado un desarrollo general.

Segun Humboldt y Miguel Chevalier, Europa no poseía en la época del descubrimiento de América mas que 300 millones de oro y 700 de plata, ó sea 1.000 millones de francos. Desde 1492 á 1803, América, Europa y el Norte de Africa han producido 9.275 millones de oro y 22.250 de plata. Pero la exportación de los metales preciosos de Asia y las pérdidas de todas clases han reducido estas cifras á 725 millones de oro y 7.025 de plata; de manera que á principios del siglo, Europa podía disponer de 8.850 millones de oro y 15.925 de plata, ó sea un total de 24.775 millones de francos. De 1803 á 1843, el valor de los metales en Europa se elevó próximamente á 3.000 millones de oro y 2.525 de plata. De 1848 á 1856 la California y la Australia han suministrado á Europa las siguientes cantidades de oro: 4.342.750.000 francos.

Los mercados de la Península se mantienen *in statu quo*.

—En Castilla han variado un poco los precios del trigo, no se hace operación alguna de importación, y limitados los fabricantes á trabajar para el día solo se realiza el trigo que llega á el muelle del canal y que se detalla de 41 1/2 á 42 1/4 rs. las 94 libras.

—En el mercado de Burgos se advierte escasa concurrencia, no diferenciándose en esto del de Valladolid y Santander. Sin embargo, parece que en los últimos días ha reinado alguna animación vendiéndose los blauquillos de 40 á 42 reales fanega; los álas de 41 á 43 rs. fanega; la cebada de 19 á 21 rs.; comuna de 24 á 26; avena de 11 á 13, y yeros de 27 á 29 reales fanega.

—En Santander sigue reinando calma completa. En harinas se han realizado alguna ventas de picos insignificantes de las clases de primera y marcas señaladas á 16 1/4 y 16 1/2 rs. arroba. Por otras marcas regulares solo se han ofrecido los precios de 15 7/8 y 16 rs. arroba; pero sin efectuar venta. En las clases de segunda y tercera han abundado los pedidos, colocando cuantas se han presentado de 15 1/4 hasta 16 rs. arroba; las segundas buenas, superiores y selectas. Las de tercera de 13 á 14 1/2.

—No dejan de tener animación los trigos en Jerez. Los precios á que se han realizado han sido de 66 á 71 rs., notándose que casi todas las operaciones que se hicieron fué en los trigos buenos al precio de 70 rs. La cebada sigue sin animación y se presenta en el mercado con mucha abundancia al precio de 28 y 29 reales.

Continúa lánguido, por no decir postrado el mercado de Barcelona, á causa de no recibir otro impulso que el que procede de las pequeñas compras que efectúa el consumo.

BOLSA DE MADRID.

Cotización oficial del 7 de abril.

FONDOS PUBLICOS.

Titulos del 3 por 100 consolidado, 51-60.
Idem diferido, 46-55.
Deuda amortizable de primera clase, 36-50.
Idem de segunda, id. 22.
Idem del personal, 24-95.

CAMBIOS.

Londres á noventa días fecha, 50-15 p.
Paris á ocho días vista, 5-22 p.

EDITOR RESPONSABLE, D. JOAQUIN BERNAT.

IMPRENTA DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO,
A CARGO DE D. JOAQUIN BERNAT,
Costanilla de Santa Teresa, núm. 3.—Madrid.—1863.

HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO FRANCÉS,

POR M. A. THIERS,

TRADUCIDA

POR DON JOAQUIN PEREZ COMOTO Y DON ANTONIO FERRER DEL RIO

Esta obra es continuacion de la HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA del mismo autor.—Comprende desde noviembre de 1799, hasta la muerte de Napoleon I.

20 TOMOS EN 8.º, QUE CONTIENEN LAS MATERIAS SIGUIENTES:

TOMO I.

Noviembre de 1799 hasta abril de 1800.

- Libro I. Constitucion del año VIII.
II. Administracion interior.
III. Ulma y Génova.
IV. Marengo.

TOMO II.

Agosto de 1799 hasta abril de 1801.

- Libro V. Heliópolis.
VI. Armisticio.
VII. Hohenlinden.
VIII. Máquina infernal.
IX. Las potencias neutrales.

TOMO III.

Abril de 1801 hasta agosto de 1802.

- Libro X. Evacuacion del Egipto.
XI. Paz general.
XII. Concordato.
XIII. El Tribunado.

TOMO IV.

Agosto de 1802 hasta marzo de 1804.

- Libro XIV. Consulado perpétuo.
XV. Secularizaciones.
XVI. R rompimiento de la paz de Amiens.
XVII. Campo de Boloña.

TOMO V.

Abril de 1804 hasta agosto de 1805.

- Libro XVIII. Conspiracion de Jorge.
XIX. El imperio.
XX. La consagracion.
XXI. Tercera coalicion.

TOMO VI.

Agosto de 1805 hasta setiembre de 1806.

- Libro XXII. Ulma y Trafalgar.
XXIII. Austerlitz.
XXIV. Confederacion del Rhin.

TOMO VII.

Setiembre de 1806 hasta julio de 1807.

- Libro XXV. Jena.
XXIV. Eylau.
XXVII. Friedland y Tilsit.

TOMO VIII.

Julio de 1807 hasta julio de 1808.

- Libro XXVIII. . . Fontainebleau.
XXIX. Aranjuez.
XXX. Bayona.
Nota del libro XXIX.—Nota del libro XXX.

TOMO IX.

Mayo de 1808 hasta febrero de 1809.

- Libro XXXI. Bailen.
XXXII. Erfurt.
XXXIII. Somosierra.

TOMO X.

Enero de 1809 hasta julio del mismo.

- Libro XXXIV. Ratisbona.
XXXV. Wagram.

TOMO XI.

Febrero de 1809 hasta abril de 1810.

- Libro XXXVI. . . Talavera y Walcheren.
XXXVII. El divorcio.
Documentos sobre la batalla de Talavera.
Cartas de Napoleon relativas á la expedicion de Valcheren.

TOMO XII.

Abril de 1810 hasta mayo de 1811.

- Advertencia del autor.
Libro XXXVIII. . . Bloqueo continental.
XXXIX. Torres-Vedras.
XL. Fuentes de Oñoro.

TOMO XIII.

Marzo de 1811 hasta junio de 1812.

- Libro XLI. El concilio.
XLII. Tarragona.
XLIII. Paso del Niemen.

TOMO XIV.

Junio á diciembre de 1812.

- Libro XLIV. Moscou.
XLV. El Berezhina.

TOMO XV.

Mayo de 1812 hasta mayo de 1813.

- Libro XLVI. Washington y Salamanca.
XLVII. Las cohortes.
XLVIII. Lutzen y Bautzen.

TOMO XVI.

Junio á noviembre de 1813.

- Libro XLIX. Dresde y Vitoria.
L. Leipsick y Hanau.

TOMO XVII.

Noviembre de 1813 hasta abril de 1814.

- Libro LI. La invasion.
LII. Brienne y Montmirail.
LIII. Primera abdicacion.

TOMO XVIII.

Abril de 1814 hasta marzo de 1815.

- Libro LIV. Restauracion de los Borbones.
LV. Gobierno de Luis XVIII.
LVI. Congreso de Viena.

TOMO XIX.

Enero á junio de 1815.

- Libro LVII. La isla de Elba.
LVIII. El Acta adicional.
LIX. El Campo de Mayo.

TOMO XX.

Junio de 1815 hasta mayo de 1821.

- Libro LX. Waterloo.
LXI. Segunda abdicacion.
LXII. Santa Elena.

Se ha publicado el tomo XIX.—Precio 14 reales cada tomo en Madrid y 16 en provincia.

CRONOLOGIA UNIVERSAL.—Traducida de la segunda edicion francesa y adicionada en la parte española por don Antonio Ferrer del Rio.

La obra que presentamos arreglada á nuestro pais, escrita por Dreyss, el acreditado profesor de historia del Liceo Napoleon, ha sido ya juzgada. En menos de dos años se han hecho de ella y se han agotado dos numerosas ediciones. Hemos creído deber trasladar esta joya literaria, haciendo, no precisamente una mera traduccion, sino un concienzudo y entendido arreglo. En esta obra, que vendrá á tener sobre 900 páginas, hallarán nuestros lectores una completa y verdadera biblioteca histórica, en que presentamos como en un cuadro de cada siglo, de cada año, y por orden alfabético de los pueblos, todos los sucesos de alguna importancia, políticos, militares ó sociales. Aquí encontrarán, siguiendo el curso de los siglos, las fundaciones de los reinos, las destrucciones de los estados, los crímenes célebres, las revoluciones intestinas, las hazañas ó las faltas de los príncipes cruelmente expiadas por las naciones, los descubrimientos útiles á la humanidad, etc.

Las letras, las artes, el comercio, los descubrimientos marítimos y científicos, ocupan mayor espacio á medida que nos aproximamos á nuestra época.

Naturalmente, así como el autor francés ha dado mayor desarrollo á la parte histórica de Francia, en nuestro arreglo lo damos á la parte española.

Un tomo en 8.º mayor, edicion esmerada y correcta, en buen papel y caracteres nuevos. Precio: 30 rs. en Madrid y 36 en provincia.

HISTORIAS DE TODOS LOS PAISES Y DE TODOS LOS TIEMPOS, por el conde de Fabraquer.—Esta obra impresa en igual forma, tamaño y papel que la Cronología, á quien sirve de complemento, consta tambien de un volumen de mas de 800 páginas y contiene las historias siguientes:

HISTORIA ANTIGUA.—HISTORIA DE LA REPUBLICA ROMANA.—HISTORIA DE LOS EMPERADORES ROMANOS.—HISTORIA DEL BAJO IMPERIO.—HISTORIA DE ESPAÑA Y PORTUGAL.—HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA.—HISTORIA DE FRANCIA.—HISTORIA DE INGLATERRA.—HISTORIA DE AUSTRIA.—HISTORIA DE PRUSIA.—HISTORIA DE RUSIA.—HISTORIA DE POLONIA.—HISTORIA DE ITALIA.—HISTORIA DE SUECIA Y DINAMARCA.—HISTORIA DE HOLANDA Y BELGICA.—HISTORIA DE LOS ÁRABES Y TURCOS.—HISTORIA DE LOS ESTADOS UNIDOS.—RESUMEN HISTORICO DEL ESTADO ACTUAL DE LAS REPUBLICAS DE LA AMERICA DEL SUR.

Es inútil encarecer la importancia en nuestros dias de los estudios históricos, porque no hay nadie que no la reconozca, y creemos por tanto, que hacemos un verdadero servicio al público ofreciéndole en dos volúmenes que pueden adquirirse por un precio ínfimo, un cuadro completo de todo cuanto en esta materia conviene saber á la generalidad de los lectores; siendo al mismo tiempo tambien lo mas moderno, puesto que ambas obras llegan con la narracion de los sucesos hasta fin del año pasado de 1862.

Un tomo en 8.º mayor, edicion esmerada y correcta, en buen papel y caracteres nuevos. Precio: 30rs. en Madrid y 36 en provincia.

Se suscribe y se hallan de venta las obras en Madrid en el Establecimiento de Mellado, calle de Santa Teresa, núm. 8; y en la librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; en la de Baylli-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso, núm. 8; en las de Cuesta, Moya y Plaza, Sanchez, Viana, y Villaverde, calle de Carretas; en la de Lopez, calle del Carmen; en la de Olamendi, calle de Ponteque; en la de Guizarro, calle de de Preciados; en la Publicidad, Pasage de Mathen, y en la de Hernando, calle del Arenal. En provincias por conducto de los corresponsales ó enviando letra del importe.